

# Pequeña historia de horror (y de amor desenfrenado)

Obra en dos actos

COHERENCIA QUE MUEVE  
A ESTAS MARIONETAS

Ariel Muñoz, 1987

En Maruxa Vilalta / Antología de Obras de Teatro

Letras Mexicanas

Fondo de Cultura Económica, 2003

Removedor, desenfrenado y a la vez desconfiado, atento al examen de sus recursos íntimos, el teatro de Maruxa Vilalta evoluciona cada vez más hacia los matices de una madurez plenamente conquistada. La opción es múltiple: ¿Jarry, Beckett, Ionesco, Artaud? ¿Teatro- del-absurdo y de la crueldad; la ácida comicidad de un lenguaje que se cuestiona a sí mismo; el nihilismo como posición privilegiada, la impotencia y la carcajada maliciosa y destructiva, tras la cual sólo caben otras construcciones? ¿Surrealismo o hiperrealismo? ¿Barroquismo a lo Borges (“lo que agota y dilapida sus medios”)? ¿Teatro dentro-del-teatro, a lo Pirandello? ¿La tragedia y la parodia, la paradoja, el encierro de lúcida desesperación de Albee, el teatro épico y de ideas, que va desde Brecht hasta la comedia grotesca en Dürrenmatt?... Sí. Todo ello, y los propios aportes, excepcionales a juzgar por el marco de una dramaturgia más bien conservadora, cautelosa, como es la mexicana; un teatro sin embargo nuevo que debe atender cada día más a estos experimentos de algunos autores inconformes, de algunas compañías aún semimarginales: el trabajo independiente. Todo lo que define y llena las interrogantes de Vilalta.

Su inmenso cuestionamiento, que pese a lo no complaciente ha cumplido temporadas por encima de las 200 funciones, va formando, desafiando a un público también insatisfecho, volcado a las gradaciones del cuestionamiento, del látigo que se alza tras lo irrisorio-inmediato. Un teatro de esta longitud de onda,

así, cumple idealmente la misión fundamental: ir, a la vez que entrecomillando todo el tinglado de “la gran costumbre”, formando un espectador más versátil, lúcido, crítico y participativo; un espectador al día con estas propuestas por fin dirigidas a la introspección del hombre de la segunda mitad del siglo xx. Los recursos de que se vale Vilalta al efecto, claro está, son múltiples. Es menester detenerse en su última obra, Pequeña historia de horror (y de amor desenfrenado), para dilucidar la rara magia, la madurez y el curioso desafío que suponen estos riesgos, estos vertiginosos desvelos.

La obra, a la vez publicada —junto a Una mujer, dos hombres y un balazo, su inmediata antecesora— y puesta en escena, bajo la dirección de la misma autora, supone de antemano un interesante experimento de cotejo entre tres actividades (dramaturgia, escenificación, pensamiento) de Vilalta. Hay también una extensa obra narrativa que no debe soslayarse, sobre todo en función de la cada vez más exigente alquimia que va de lo simple a lo complejo y viceversa. Es claro que la última sencillez, prístina, exacta, es la más difícil, la más intencionada. Pequeña historia... se desgrana en un diálogo fresco, jocundo, donde caben todos los matices, desde lo retórico (satirizado) a lo coloquial (camp), pasando sin descanso por una autocrítica feroz, por una parodia alerta a cada recurso, a cada proposición. De esa aparente fluidez azarosa, una segunda lectura obtiene la certeza de que no sobra ni falta una sola palabra. Tanto el lenguaje como los géneros convocados se mezclan: comedia de crímenes, investigación, horror, perversidad, travestismo, introspección, fantasmas, papeles inciertos, estrategias cómicas de un discurso sin embargo gradual, serio, grave, en la trama de intereses que subyacen en cada conducta. Eslabonada, la peripecia se cierra hacia un final en el que, como ha opinado Carlos Solórzano, “la autora sólo los impulsa —a los personajes— a dar el último paso para lograr su aniquilación total”. Final que es el mismo principio, el recomienzo de un ciclo infinito, la eterna egolatría que sólo recomenzando cumple el fin más extremo, la didáctica brechtiana del arte de Maruxa Vilalta.

El título, aviso primero, reúne a cuatro personajes en un espacio cerrado. Es inevitable, aquí, evocar a Virginia Woolf. El recargo antiguo, muy a la inglesa (casa vieja, Londres, un piano, etc.), se conjuga con los colores, negros y rojos estrictos, en la zona de juego cuyos contrastes refuerzan los elementos convocados. Jonathan, burgués venido a menos, llega, al son de La Polonesa de Chopin, en busca de una imagen sobreviviente de Margaret, su esposa, a quien él asesinó en la noche de bodas. Mildred, una ninfómana, bella y glacial, supone el alter-ego de la muerta. El proyecto de Jonathan es hacer por fin el amor con esa amada oscilante entre dos identidades escindidas. Dice en algún momento, él, aceptando el artificio: “la historia se repite”.

Sin embargo, el lugar, la “alcoba nupcial”, es más complejo, no se restringe a los amantes. Otros dos personajes (y la memoria de alguno más) intervienen; no sólo como estorbos para esa ceremonia de consumación amorosa, sino cada uno con un propio interés creado. Son el mayordomo Williams, último de una larga estirpe de mayordomos, vampiresco y sarcástico, y la tía Emily, un complejo personaje, travestista, hombre, anciana, con caídas al infantilismo, tullido de a ratos, que

entra y sale en su silla de ruedas siempre inquietante, siempre cambiante y obscuro.

Poco a poco, entre la serie cuasidemencial de encuentros y desencuentros, se va viendo el sesgo subyacente, de apretada coherencia, que mueve a estas marionetas. Todo se define en correspondencias familiares, en parentescos, disputándose una herencia: la del finado Charles —asesinado por Mildred, su esposa y ex empleada en una galería de arte—, sobrino carnal del hombre autodenominado Tía Emily, quien le disputa a la viuda un testamento puesto en favor de ella; disputado, a su vez, por otro, el legado al mayordomo Williams. Todo, por encima de esas apretadas acechanzas mutuas, es falso. Charles muere envenenado, no bajo las ruedas del metro. Mildred, la asesina, es una loca escapada del manicomio. La tía es un niño, es un andrógino, es un personaje tullido, es un criminal, según convenga. El cuerdo y pulcro Jonathan también acaba de huir de un manicomio. Williams, vampiro, sobreactúa siempre, admira al Monje Loco, es incluso un pistolero y un maquereau. Charles, personaje apenas evocado, era rico, homosexual y cobarde. Etc. La falsedad, llevada a los límites de lo grotesco, sólo puede conducir a una coherencia contraria: todo es falso porque es verdadero; así como La carta robada de Poe está más escondida que nunca porque está a la vista, tapándose con su propia evidencia. Entre parodias a la comedia televisada, a la historia truculenta, al intrínquilis policiaco (incluso los propios personajes planean, en escena, la forma en que debería continuar el desarrollo de la trama; de alguna manera, hasta el espectador tiene una participación tácita), al transformismo, el fondo, el quid aparece con una precisión admirable: su montaje es el de una trenza de intereses combinados; su forma superlativa, el movimiento freudiano de los fantasmas interiores de Jonathan, cuya frase final (luego del múltiple asesinato, en la abolición violenta de tantas proyecciones interiores) define con dos palabras la paradigmática sentencia del cierre-recomienzo: “Tengo hambre”.

El hambre, precisamente, del pequeño burgués es el móvil para una serie de malentendidos, cuyo diseño encuentra en la puesta teatral su dinámica adecuada: “La perversión de los instintos sexuales [volvemos a citar a Solórzano] [que] no se opera solamente por distorsiones del yo individual sino por la disociación que se establece entre los deseos del personaje, debido a la incongruencia existente entre la sociedad y el individuo”.

Estas apreciaciones, pocas, acerca del último opus de Maruxa Vilalta, intentan atrapar el extraño haz de sugerencias que su teatro maduro, exacerbado, se propone a sí mismo y al espectador sagaz. ¿Cuál será el próximo paso, en esta cosmovisión, luego de los niveles alcanzados? Pronto, sin duda, lo sabremos. Mientras tanto, digamos que Maruxa Vilalta, hoy por hoy, se sitúa en el nivel más alto de la dramaturgia mexicana. Y que, por supuesto, todo México, en su amplio espectro oscilante entre polos extremos, está involucrado en la propuesta. Una obra sin duda altamente recomendable, que no debemos perder de vista.